

DON QUIJOTE AVELLANIZADO Y DESAVELLANIZADO

La identidad del autor del otro *Quijote* se ha convertido para el cervantismo en la razón de ser de una sesuda indagación, que, con mucha frecuencia, ha dejado en la sombra el propio libro de Avellaneda. Por muy importante o curioso que sea desvelar la identidad del personaje histórico —que lo es—, no es menos importante el libro mismo, su lectura y su condición de instrumento irremplazable para, al menos, dos cosas: entender cómo se leía el *Quijote* en su contemporaneidad y, por otro lado, reconstruir el proceso de composición de la segunda parte del libro de Cervantes. Y es que Avellaneda, aunque a él le hubiera molestado oírlo, fue uno de los primeros y más destacados cervantistas del siglo xvii.

Cuando el *Segundo tomo del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, que contiene su tercera salida: y es la quinta parte de sus aventuras. Compuesto por el Licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, natural de la villa de Tordesillas* salió al campo, Cervantes tenía ya sesenta y siete años, le quedaban poco menos de dos de vida y debía de tener su propia segunda parte más que medio pergeñada. De pronto, un libro le venía a robar la paternidad de su don Quijote, y encima con mentiras que se apuntaban desde la misma portada, cuyo pie remitía a las prensas tarraconenses de Felipe Roberto, a pesar de lo cual Cervantes llevó la impresión, en el capítulo LXVII de su propia segunda parte, a una imprenta de Barcelona. Acaso porque estaba convencido de la colaboración y la connivencia del impresor Sebastián de Cormellas, amigo de los impresores tarraconenses Roberto, que pudieron permitirle usar de su sello.

Tras los atisbos de esa trama editorial y de la desastrada impresión del libro, se intuye un Avellaneda que pretendió ocultar los orígenes de la obra y quiso arrojarla como dardo envenenado contra el manco. A todo ello, el escritor embozado añadió otras intenciones, que pudieran resumirse en cuatro: la primera fue, sin duda, vengar alguna grave afrenta que le infringió Cervantes en su primera parte, y que por ahora desconocemos; otra fue reivindicar con pasión el nombre y la fama de Félix Lope de Vega; buscó además —y ésta es la tercera— responder ideológicamente al *Quijote* cervantino desde posiciones a todas luces conservadoras; por último, aspiró a competir lite-

rariamente con Cervantes, y procuró usurparle, de paso, la autoridad de su libro y restarle así la fama y los dineros.

Aun así, puede asegurarse que Avellaneda leyó con gusto y devoción el libro que estaba desvalijando, hasta el punto de admirarlo y saber diferenciar entre su estima como lector del *Quijote* y el odio personal que sintió por su autor, al que no tuvo inconveniente en dar un buen repaso a lo largo de su continuación. Para empezar, lo motejó de envidioso y de manco, de bravucón, viejo, pobre y ofensor de los demás, de estar tan falto de amigos que no había encontrado quien le escribiera un soneto laudatorio para su historia, de murmurador, colérico, encarcelado e impaciente y, por si fuera poco, de mal contentadizo.

Es más que probable que Cervantes fuera el primer interesado en desvelar la identidad de este prójimo que rezumaba tanta tirria contra él, pero, aunque lo más probable es que llegara a hacerlo, no quiso, por el motivo que fuera, dejar constancia clara de ello en ninguna de sus obras. Eso sí, apuntó alternativamente a la condición aragonesa, tordesillesca o tarraconense del libro y del autor. Todas las hipótesis que la crítica ha traído desde entonces a la palestra erudita han de quedarse en el terreno de la conjetura, pues carecemos de una confesión firmada en la que se reconozca el crimen. Sin embargo, aunque no podamos saber con certeza absoluta el nombre, la novela que conservamos permite poner en pie algunas cosas en torno al tal Avellaneda.

Para empezar, está su condición de imitador fiel, adulador y cobista de Lope de Vega y defensor a ultranza de su persona y su literatura; hasta tal punto llega la cosa que no parece posible que el *Quijote* apócrifo pudiera escribirse sin la anuencia y la participación del propio *Fénix*. Por otro lado, se puede afirmar sin margen de error que fue un hombre de letras, y es bastante probable que aficionado a la farándula, pues por todas partes del libro aparece el teatro, y muchos de sus materiales proceden de comedias de esos años. Leyó además mucha literatura contemporánea: entre otras cosas, la *Galatea*, el *Quijote* y las *Novelas ejemplares*, la *Diana* de Montemayor y sus continuaciones, muchas de las comedias, prosas y poemas de Lope de Vega, las *Guerras civiles de Granada*, *La Pícaro Justina*, *El Buscón* de Quevedo, las obras de Ariosto y Boiardo y las 'novelle' de Bandello. Además, la composición de las dos novelitas intercaladas en los capítulos XV-XX, sin duda anterior a la del resto de la novela, apunta hacia un profesional de la literatura, que, como hiciera Cervantes en la primera parte, reutiliza materiales ya escritos.

En lo que corresponde a su ideario, Alonso Fernández de Avellaneda fue un hombre piadoso, devoto del rosario, aficionado a los dominicos, y que gustaba de latinajos eruditos. Muchos de los pasajes de su novela, como la historieta de *Los felices amantes*, tienen un evidente propósito didáctico que encaja como anillo al dedo con las disposiciones del Concilio de Trento. Y eso, frente a la dudosa ejemplaridad de las *Novelas ejemplares*, que en su prólogo tildó de «más satíricas que ejemplares, si bien no poco

ingeniosas» (Avellaneda, p. 195). Tuvo además una razonable instrucción teológica y parece interesado en una polémica que enzarzó a los dominicos y los jesuitas españoles entre 1588 y 1607, la controversia *de auxiliis* en torno a la eficacia de la gracia y la concordia entre libre albedrío y omnisciencia divina. Por cierto que se decantó sin titubeos por la doctrina dominica. Respecto al orden político y social, el autor tampoco tiene dudas: se identifica por completo con el poder dominante y asume un papel de subordinado áulico y laudatorio. Siempre encuentra ocasión para ensalzar las virtudes del monarca, de la dinastía, de las principales familias aristocráticas, como las casas de Alba o Sandoval, y de la nobleza en general como estamento. Nobles fueron sus principales personajes y la novela en sí adoptó la perspectiva de la clase señorial.

Con estos avíos, no es de extrañar que el *Quijote* avellanedesco saliera al monte a batir las corrosivas ironías cervantinas, sus ambigüedades y su visión más bien crítica del orden social. De hecho, el libro de Avellaneda es un ejemplo excepcional de cómo se leyó el *Quijote* en su contemporaneidad. Al autor encubierto le molestaron mucho las críticas, las burlas sutiles, las glosas dejadas al paso y las ironías de la novela —precisamente lo que hoy resulta más atractivo del humor cervantino. Donde encontró mayor gusto fue, sin embargo, en la sal gorda, en las quijotadas, los golpes y las calabazadas, esto es, en la comicidad más grotesca que domina los primeros capítulos cervantinos. Avellaneda se atuvo al don Quijote loco y al Sancho simple de esos primeros capítulos y partió de dos elementos que Cervantes terminaría por rechazar: las alteraciones de la personalidad y el romancero. A todo eso, le añadió más sal gorda, junto con algunos alardes eruditos, un poco adoctrinamiento devoto y las dos novelitas de *El rico desesperado* y *Los felices amantes*. Con esas hilazas, unos cuantos insultos y con elementos tomados de Cervantes tejó su propia novela.

Muchos de sus materiales provienen directamente del *Quijote* de 1605; pero este otro *Quijote* reduce la historia cervantina a sus aspectos más cómicos y grotescos. Por eso, don Quijote se convierte, en manos de Avellaneda, en un loco desenamorado, descreído y soberbio, y Sancho, en un villano zafio, glotón y codicioso. En el don Quijote falsario sólo cabe sino la infalibilidad de la locura; se limita a ejercer de fanfarrón, a ensartar romances y a expresarse por medio de la *fabla* arcaizante de los libros de caballerías y las comedias. Como los locos de la imaginación popular, el rasgo más significativo de su enfermedad es el desdoblamiento de personalidades. La transformación de Sancho en manos del apócrifo resulta similar. Nada queda del amor, la lealtad y del respeto que el Sancho bueno sentía por don Quijote. El escudero apócrifo repite el estereotipo inamovible del rústico bosquejado por la comedia española, a través de su caracterización lingüística, la glotonería y los deleites escatológicos. No es mucho que el Sancho verdadero, se revuelva en la segunda parte y diga: «...el Sancho y el Quijote desa historia deben de ser otros que los que andan en aquella que compuso Cide Hamete Benengeli, que somos nosotros: mi amo, valiente, discreto y enamorado, y yo, simple gracioso, y no comedor ni borracho» (II, 59).

Como loco, este don Quijote está incapacitado para el amor. Es por eso que Dulcinea desaparece del paisaje narrativo de 1614. El espacio femenino que había dejado lo ocupó una vieja prostituta llamada Bárbara, que tiene la cara cruzada por un tajo, y que muestra continuamente y a las claras sus deseos sexuales. Don Quijote la toma por la reina Zenobia y bajo ese equívoco lo acompaña durante el resto de la novela. Con el don Quijote apócrifo se cruzan, además, clérigos como mosén Valentín, que toma sus hechuras del canónigo toledano, y sobre todo del cura Pero Pérez; una compañía de comediantes, que representa *El testimonio vengado* de Lope de Vega; y nobles, muchos nobles. Los nobles son los verdaderos protagonistas de la obra, y los que trasladan la vida quijotesca del campo a la ciudad; ellos son los motores del solaz y la risa, y los que acompañan al nuevo don Quijote en su viaje desde el Argamasilla hasta el manicomio de Toledo. Y es así, rodeados de nobles, como amo y escudero terminan por convertirse en un loco de corte y un bufón, con los rasgos característicos que éstos tenían en la corte de los Austrias. Estos nuevos Sancho y don Quijote, transformados por Avellaneda, sólo tienen sentido ante un público que ría sus gracias y que se mofe de ellos. De ahí la obligación de cambiar de personajes, de llevar la acción hacia las ciudades y de presentarla en un ambiente cortesano. Sólo los nobles sabrían disfrutar de este regalo en los exactos términos que el decoro exigía, a medio camino entre el solaz y la mesura. Esa postura intermedia, la del *homo facetus*, se conoció en la época como «eutrapelia», que Covarrubias definió en su *Tesoro* como «un entretenimiento de burlas graciosas y sin perjuicio».

Pero no se piense que el libro de Avellaneda es un petardo ilegible, atravesado y antipático. En absoluto, es una obra razonablemente buena y entretenida —en comparación con otros textos de intención cómica en el XVII— y, por lo demás, tiene algunos momentos divertidísimos. Hay dos episodios especialmente felices. El primero de ellos se narra en el capítulo XXII y tiene unas hechuras muy pensadas para la escena. Don Quijote, Sancho y sus acompañantes oyen gritos en el interior de un bosque; el escudero, con la intención de ganar puntos en su ascenso hacia la caballería, se ofrece voluntario para afrontar la aventura. A los cuatro pasos de iniciar la aventura, se vuelve hacia su amo y le propone «que si acaso diere voces viéndome en algún peligro, que acuda luego, y no demos que reír al mal ladrón». A lo que añade una señal de aviso:

—Y mire vuesa merced, tome esto para seña de que me va mal con este sabio, que encomendado sea a las furias infernales: que cuando yo diga dos veces «¡ay, ay!» venga como un pensamiento; porque será señal infalible de que ya me tiene en tierra atado de pies y manos para quitarme el pellejo como un san Bartolomé.
—No harás cosa buena —dijo don Quijote—, pues tanto temor tienes.

Como en el cuento de Pedrito y el lobo, apenas se ha adentrado en el bosque, cuando el escudero dice hacer la prueba de que su amo cumplirá lo prometido:

Tras esto se entró el pinar adentro, y, habiendo andado medrosísimo cosa de veinte pasos, comenzó a dar gritos en seco, diciendo:

—¡Ay, ay, que me matan!

Apretó las espuelas don Quijote a Rocinante en oyendo las voces, y tras él el ermitaño y soldado; y llegando todos a Sancho, que estaba caballero en su asno, le dijo su amo:

—¿Qué es o qué has habido, mi fiel escudero?; que aquí estoy.

—¡Eso sí! —dijo Sancho—. No he visto aún nada, y sólo he gritado por ver si acudirían al primer repiquete de broquel (Avellaneda, pp. 512-513).

Poco después, en el capítulo xxvi, don Quijote y Sancho tienen un donoso encuentro con una compañía de comediantes a cuyo autor identifican como un malvado encantador moro. Siguiendo la burla, el autor de la compañía amenaza a Sancho con desollarle, cenar con sus higadillos y asarlo al día siguiente, pues, como se sabe, eso de la antropofagia era cosa propia de paganos. Ante la amenaza, Sancho solicita la merced de que «antes que me coma, mande vuesa merced dejarme ir a despedirme de Mari Gutiérrez, mi mujer, que es colérica, y si sabe que vuesa merced me ha comido sin que yo me haya despedido della, me terná por grandísimo descuidado, y no podré después verle una buena cara». El autor responde pidiendo que traigan su asador para espetar hombres enteros, aunque, ante las peticiones de Bárbara, promete salvarle si Sancho se hace moro y sigue de todo en todo la doctrina de Mahoma. Y entonces, el cristianísimo Sancho de Avellaneda, que ha mostrado aquí y allá su constante enemiga contra judíos, moriscos y luteranos, acepta convertirse al islamismo: «Digo —respondió Sancho—, señor turco, que creo en cuantos Mahomas hay de levante a poniente, y en su Alcorral, de la suerte y como vuesa merced lo manda, y como lo permite y consiente nuestra madre la Iglesia, por quien daré la vida y ánima y cuanto puedo decir». Pero la cosa está en que, para que el proceso de conversión sea completo hay que cumplir con los ritos islámicos:

—Pues es menester —dijo el autor— que con un cuchillo muy agudo os cortemos un poco del pluscuamperfeto.

Respondió Sancho:

—¿Qué plúscuam, señor, es ése que dice? Que yo no entiendo esas algarabías.

—Digo —replicó el autor— que para que seáis buen turco es menester primero, con un cuchillo bien afilado, retajaros.

Sancho entonces confunde esa forzosa circuncisión con la amputación de su parte más querida y responde:

—¡Ah, señor! Por las tenazas de Nicomemos —dijo Sancho—, que vuesa merced no me corte nada de ahí, porque lo tiene tan bien contado y medido mi mujer Mari

Gutiérrez, que por momentos lo reconoce y pide cuenta dello, y por poco que le faltase lo echaría luego menos; y sería tocarle en las niñas de los ojos, y me diría que soy un perdulario y desperdiciador de los bienes de naturaleza. Y si a vuesa merced le parece, eso que me ha de cortar no sea de ahí, porque, como digo, bien echa de ver que es menester todo en casa, y algunas veces aún falta, sino córttemelo desta caperuza que, aunque es verdad que hará falta en ella, todavía mejor se podrá remediar que esotro (Avellaneda, pp. 585-587).

Pero estas gracias, a Cervantes no debieron de parecérsele tanto. Más bien la noticia primero y la lectura luego del libro de Avellaneda le tuvieron que sentar como un tiro. Aunque eso sí, tuvo ocasión extensa para responderle, y no fue manco a la hora de hacerlo. Para vengarse, Cervantes anunció en su prólogo de 1615 que no se iba a vengar y se las dio de buen cristiano y de hombre caritativo. Pero dispuso la dedicatoria, el prólogo, el colofón y buena parte de su segunda parte como un ataque completo e indignado contra el estafador Avellaneda. Además de responder a los insultos, esa reacción pretendía reafirmar la exclusiva autenticidad de su propia obra, y denostar la calidad literaria y las imprecisiones del falso *Quijote*. Cervantes quiso, en suma, desavellanizar el *Quijote* que el apócrifo había avellanizado.

Desde ese prólogo hay que esperar hasta el capítulo 59 para encontrar la primera mención expresa de la existencia del apócrifo. En este capítulo, Cervantes trae a los personajes de don Jerónimo y don Juan como lectores de Avellaneda, que comparten venta con don Quijote. Por medio de ellos sabemos que el nuevo caballero, el avellanedesco, se presenta ahora sin amores:

—¿Para qué quiere vuestra merced, señor don Juan, que leamos estos disparates? Y el que hubiere leído la primera parte de la historia de don Quijote de la Mancha no es posible que pueda tener gusto en leer esta segunda.

—Con todo eso —dijo el don Juan—, será bien leerla, pues no hay libro tan malo que no tenga alguna cosa buena. Lo que a mí en éste más desplace es que pinta a don Quijote ya desenamorado de Dulcinea del Toboso.

Don Quijote interviene entonces en una de las escenas más intensas y emocionantes del libro:

Oyendo lo cual don Quijote, lleno de ira y de despecho, alzó la voz y dijo:

—Quienquiera que dijere que don Quijote de la Mancha ha olvidado, ni puede olvidar, a Dulcinea del Toboso, yo le haré entender con armas iguales que va muy lejos de la verdad; porque la sin par Dulcinea del Toboso ni puede ser olvidada, ni en don Quijote puede haber olvido: su blasón es la firmeza, y su profesión, el guardarla con suavidad y sin hacerse fuerza alguna.

—¿Quién es el que nos responde? —respondieron del otro aposento.

—¿Quién ha de ser —respondió Sancho— sino el mismo don Quijote de la Mancha, que hará bueno cuanto ha dicho, y aun cuanto dijere?; que al buen pagador no le duelen prendas (II, 59).

De repente, el protagonista de una obra de ficción irrumpe en las vidas de dos de sus lectores, como una Madame Bovary que llamara a nuestra puerta para poner a Flaubert a caer de un burro. La causa de esa pirueta acaso haya que buscarla en el profundo desagrado con que Cervantes contempló la desaparición de Dulcinea en el apócrifo; pero, al tiempo, el juego inició una reinvencción de la ficción que no ha dejado títere con cabeza en toda la narrativa posterior.

A partir del capítulo 59, Avellaneda se convierte en eje de la trama y, para empezar, el héroe renuncia a su anunciado destino aragonés y marca su camino hacia Barcelona. Pretendía así evitar al falsario, pero se lo topa en forma de libro impreso. Durante la visita a unos talleres barceloneses, tiene por segunda vez entre sus manos un ejemplar del libro enemigo, que se estaba corrigiendo en la imprenta. Poco después le llegan noticias frescas del libro, procedentes, nada menos, que del otro mundo. La semidoncella semimuerta Altisidora asegura haber tenido una visión a las puertas del infierno: resulta que unos demonios que jugaban a la pelota con la *Segunda parte de la historia de don Quijote de la Mancha* y confesaba uno de ellos que era «tan malo, que si de propósito yo mismo me pusiera a hacerle peor, no acertara». A lo que don Quijote repone: «Visión debió ser, sin duda, porque no hay otro yo en el mundo, y ya esa historia anda por acá de mano en mano, pero no para en ninguna, porque todos la dan del pie.no soy aquél de quien esa historia trata. Si ella fuere buena, fiel y verdadera, tendrá siglos de vida; pero si fuere mala, de su parto a la sepultura no será muy largo el camino» (II, 70). En las últimas páginas del libro, se certifica la defunción de don Quijote «para quitar la ocasión —dice el narrador— de que algún otro autor que Cide Hamete Benengeli le resucitase falsamente y hiciese inacabables historias de sus hazañas» (II, 74). Cide Hamete se erige así en garante de la obra frente a Avellaneda y la muerte del héroe se convierte en castigo para el escritor anónimo y enemigo. Incluso puede entenderse que Cervantes cambió el título de su obra para responder al apócrifo y que por eso estampó en la portada de 1615 aquello de *Segunda parte del ingenioso caballero Don Quijote de la Mancha*. Por Miguel de Cervantes Saavedra, autor de su primera parte.

Una buena parte de la crítica cervantina ha considerado que esas intervenciones, consecuencia de la aparición de Avellaneda, se limitaron a los episodios incluidos entre los capítulos LIX y LXXIV, los únicos en los que se menciona expresamente al adversario. Pero las cirugías cervantinas también alcanzaron a los capítulos anteriores. Si bien se mira, buena parte de los ataques contra los malos escritores que se deslizan en los capítulos III y IV sólo pueden entenderse en el contexto provocado por Avellaneda. Estoy convencido incluso de que el capítulo III, el final del LXXI y el LXXII tuvieron una

escritura simultánea. Lo mismo ocurre con el capítulo v, que el traductor de Cide Hamete señala como apócrifo. En el capítulo xi, los héroes se encuentran con una carreta de recitantes de la compañía de Angulo el Malo, que remite a la otra compañía de comediantes con que topa el don Quijote avellanedesco. A la vuelta de una hoja, el verdadero don Quijote cruza sus caminos con los del Caballero de los Espejos, que asegura haber vencido a un otro don Quijote. Desde ahí es ya posible la existencia de otro yo. Hasta el mismo nombre de «Caballero de los Espejos» incide en esa temática de la duplicidad. En realidad, hay otros muchos episodios, temas, motivos y expresiones que Cervantes tomó del *Quijote* apócrifo para llevar a cabo las inesperadas reparaciones de última hora que tuvo que afrontar en el plazo de apenas cinco meses tras la repentina aparición de Avellaneda. En cualquier caso, no pasa nada por admitir que Cervantes —san Miguel de Cervantes, en las hagiografías al uso— leyó y utilizó en beneficio propio textos, personajes, estructuras narrativas y temas del *Quijote* apócrifo.

La diferencia respecto a la imitación que Avellaneda hizo de la primera parte cervantina es que Cervantes se sirvió de esos materiales, incluso de la existencia misma del libro de Avellaneda, para crear nuevas y complejas perspectivas literarias, en las que se diluyen las fronteras entre la realidad y la ficción. Acaso el ejemplo más sofisticado de esa reelaboración cervantina sea la apropiación del personaje de don Álvaro Tarfe. Miremos hacia atrás. Desde la aparición del Caballero del Bosque en el capítulo xiv había quedado abierta la posible existencia de un doble al que éste aseguraba haber vencido; cosa a la que don Quijote, el real, no puede dar crédito. Lo mismo insinúa Sancho al tener noticia de la existencia de otro libro distinto al que ya conocía desde los primeros capítulos de 1615; y así dice: «...el Sancho y el Quijote desa historia deben de ser otros» (II, 59). Ahora resulta que no se trataba de un simple libro que usurpa el original, sino de unos individuos reales que se hacían pasar por los verdaderos don Quijote y Sancho y que habían encontrado su historiador particular en Avellaneda. Ha de deducirse que el problema no estuvo en Avellaneda como ladrón de la historia de Cervantes, sino en su escasa perspicacia a la hora de elegir los modelos de su narración. Es decir, que la segunda parte de Alonso Fernández de Avellaneda no podía ser verdadera ni verosímil, porque el autor había confundido a los héroes cervantinos con dos individuos que fingían ser ellos en la misma geografía y al mismo tiempo.

La sospecha se confirma en una de esas estupendas ventas cervantinas. Por allí aparece un caballero al que los protagonistas oyen llamar como don Álvaro Tarfe. Y apunta don Quijote: «Mira, Sancho: cuando yo hojeé aquel libro de la segunda parte de mi historia, me parece que de pasada topé allí este nombre de don Álvaro Tarfe». Este caballero morisco, don Álvaro Tarfe, viaja desde las páginas apócrifas para cruzarse en el camino de los héroes y confirmar que, en efecto, otro don Quijote anda por La Mancha. Su testimonio resulta irrefutable, pues se trata del único personaje que ha conocido a los dos originales y que los puede comparar. La presencia de don Álvaro

en la segunda parte cervantina ahonda en el perspectivismo de la obra, aunque, para tranquilidad del hidalgo, certifica en un documento legal firmado ante escribano que él, y no el otro, es el único y verdadero don Quijote:

Entró acaso el alcalde del pueblo en el mesón, con un escribano, ante el cual alcalde pidió don Quijote, por una petición, de que a su derecho convenía de que don Álvaro Tarfe, aquel caballero que allí estaba presente, declarase ante su merced como no conocía a don Quijote de la Mancha, que asimismo estaba allí presente, y que no era aquél que andaba impreso en una historia intitulada: Segunda parte de don Quijote de la Mancha, compuesta por un tal de Avellaneda, natural de Tor-desillas. Finalmente, el alcalde proveyó jurídicamente; la declaración se hizo con todas las fuerzas que en tales casos debían hacerse.

Y añade a esto el narrador:

...con lo que quedaron don Quijote y Sancho muy alegres, como si les importara mucho semejante declaración y no mostrara claro la diferencia de los dos don Quijotes y la de los dos Sanchos sus obras y sus palabras (II, 72).

Tras la derrota sufrida en las playas de Barcelona y tras este encuentro con las ilusiones de la imaginación, a don Quijote no le queda otra salida que la muerte. Cervantes saca de escena a don Álvaro Tarfe con una bifurcación a todas luces simbólica: «Llegó la tarde, partiéronse de aquel lugar, a obra de media legua se apartaban dos caminos diferentes, el uno que guiaba a la aldea de don Quijote, y el otro el que había de llevar don Álvaro» (II, 72). Esos dos caminos marcan dos destinos literarios bien distintos. La irrupción del caballero don Álvaro Tarfe desde las páginas de otro libro de ficción, pero tan real como el Quijote, le conduce hacia una vida literaria insospechada. A don Quijote le espera la muerte en el siguiente recodo del sendero. La misma muerte que había señalado para su autor, Miguel de Cervantes, la fecha, tan próxima en el calendario, del 22 de abril de 1616.

BIBLIOGRAFÍA

- Cervantes, Miguel de, *Don Quijote de la Mancha*, ed. Florencio Sevilla Arroyo y Antonio Rey Hazas, Madrid, Alianza, 1996.
- Fernández de Avellaneda, Alonso, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. Luis Gómez Canseco, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000.